



FEMINISMOS EN LA  
ANTROPOLOGÍA: NUEVAS  
PROPUESTAS CRÍTICAS

Liliana Suárez, Emma Martín  
Rosalba Hernández (Coordinadoras)

6

# **PENSAR UNA METODOLOGÍA FEMINISTA DESDE LA ARQUEOLOGÍA: CUANDO EL CUERPO DE LA MUJER TOCA EL CUERPO DE LA NACIÓN**

APEN RUIZ MARTÍNEZ

Universitat Oberta de Catalunya

Animada por la llamada a la interdisciplinariedad de este simposio, en esta presentación voy a hablar desde la historia y la arqueología, recuperando el trabajo de una mujer arqueóloga mexicana llamada Eulalia Guzmán que vivió en México durante las primeras cinco décadas del siglo XX. Mi intención no es tanto rescatar a una mujer que ha sido prácticamente olvidada de los anales de la ciencia, sino contextualizar su trabajo y su experiencia arqueológica como mujer en un momento histórico en que en México la presencia pública de las mujeres estaba en entredicho. La verdad es que no estoy segura de que Eulalia Guzmán se autodefiniera como una mujer feminista y por tanto es posible que ustedes se pregunten si es justo ponerle esta etiqueta. Pero el tema no es tanto categorizar a esta mujer sino mirar al pasado para entender de que manera las mujeres resolvieron, o no, ciertas problemáticas que como mujeres vieron confrontadas al hacer su trabajo. Varios son los aspectos que encuentro relevantes en la historia concreta de Eulalia Guzmán para pensar acerca de los múltiples caminos del feminismo.

En primer lugar, pienso que traer a esta conferencia y compartir mi conocimiento sobre Eulalia Guzmán es útil para pensar de qué manera imaginamos que el feminismo puede ser un puente para lograr la tan deseada interdisciplinariedad. Así disciplinas como la antropología y la arqueología comparten un interés por investigar la experiencia humana a través del espacio y el tiempo (en temas de género por ejemplo podríamos hablar de un deseo por destacar la prioridad de las relaciones de poder entre hombres y mujeres en el estudio de la desigualdad social, un interés en ilustrar y explicar la diversidad de relaciones entre hombres y mujeres, y por estudiar la formación de

identidades basadas en la sexualidad) pero en realidad se enfrentan a distintas problemáticas metodológicas que deben ser explicadas y no pasadas por alto.

En segundo lugar, a partir de la historia de Eulalia Guzmán planteo que el trabajo de campo, tiene una resonancia diferente para la antropología que para la arqueología, y esta diferencia tiene que ver con el nivel de materialidad de la práctica científica y el significado de las técnicas empleadas en arqueología. Así, a partir de la experiencia concreta del trabajo de campo arqueológico de Eulalia Guzmán ilustro también de que manera ella estuvo en la vanguardia, quizás sin saberlo, pero a la vanguardia de lo que hoy en día se ha convertido en un ideal de metodología feminista. En tercer lugar, mi trabajo sobre Eulalia Guzmán interroga la supuesta universalidad del sujeto femenino en la ciencia, que ha sido el punto de partida de las llamadas “standpoint theories” basadas en una experiencia universal de mujer que proporciona un punto de vista único para entender la realidad. En este sentido, pocas veces se ha estudiado el trabajo de mujeres científicas fuera de Europa o Estados Unidos, y por tanto, al hablar de una mujer mexicana tengo como objetivo mostrar las especificidades del posicionamiento geopolítico de las voces femeninas. Finalmente, me admira la coherencia ética, política y humana de Eulalia Guzmán, y ello creo que es importante para compartir en una convención que constantemente busca maneras de quehacer científico en el futuro, más que en el pasado. En definitiva, las metodologías empleadas y las reacciones que sufrieron ciertas mujeres en el pasado pueden ser iluminadoras para entender de qué manera resolvieron sus decisiones científicas y de género en contextos en las que quizás no fueron exitosas. Finalmente, tal como se mencionaba al principio, una de las intenciones de esta conferencia es explorar las formas feministas alternativas de trabajo de campo aplicado y de intervención social teniendo en cuenta siempre la importante diversidad de las experiencias de mujeres en todos los ámbitos de las realidades sociales contemporáneas. Gran parte del trabajo sobre feminismo y arqueología se ha hecho en el mundo anglo-sajón, y falta aún por estudiar los feminismos en lugares como México. El trabajo de Eulalia Guzmán me parece en este sentido ilustrativo porque quizás sin saberlo estaba planteando una metodología que hoy se denomina feminista.

## 1. EULALIA GUZMÁN

Eulalia Guzmán fue una mujer que desde los años 1910 hasta los 1950 estuvo involucrada en múltiples espacios culturales, científicos y políticos en México. Sin embargo, la carrera de Eulalia como arqueóloga, profesora y educadora fue de alguna manera cuestionada e invalidada después de un controvertido hallazgo que protagonizó en 1949. En ese año, Eulalia declaró haber descubierto los huesos de Cuauhtémoc, el último líder azteca que luchó contra los conquistadores españoles. El hallazgo fue realizado en la ciudad de Ichcateopan, en el estado de Guerrero. En esos momentos, la fotografía de Eulalia Guzmán como un carácter central de este descubrimiento apareció en la página central de muchos periódicos nacionales, pero hoy en día su presencia en la historia de la arqueología es casi inexistente y habita las memorias de muchos mexicanos como una vieja y loca mujer. A Eulalia se la conoce más por lo mal que hizo las cosas (es decir, por su mala práctica científica) que por lo que hizo como arqueóloga, maestra, intelectual y política.

Sin duda el contexto político de inicios de los años 1950 afectó la discusión científica sobre los huesos. Si tenemos en cuenta además que en esos momentos los estudios de ADN eran inexistentes, podría pensarse que estamos ante uno de esos casos en los que la falta de rigidez de la evidencia empírica deja un amplio espacio para la manipulación ideológica. Sin embargo, la comunidad arqueológica ha aceptado bastante bien que el estudio del pasado siempre ha estado influido por el contexto social y político, aunque se utilicen metodologías como el Carbono 14 o los análisis de ADN. Desde los años 1970's incluso arqueólogos entrenados siguiendo las más estrictas reglas de objetividad y positivismo habían hablado de una "pérdida de inocencia" de la arqueología (Pinsky and Wylie, 1989; Shanks and Tilley, 1988; Wylie, 1997). Lo que sigue siendo aún complicado es esclarecer las conexiones específicas entre el contexto social y la práctica científica, tarea que aún es más difícil cuando nos interesa observar estas conexiones en la historia.

La historia de la arqueología nos cuenta que Eulalia Guzmán se equivocó en la interpretación de los huesos de Cuauhtémoc. Pronunciarse sobre la veracidad de los huesos no es lo que me mueve a

escribir este artículo, lo que me interesa es situar en el centro del debate algo obvio y que se escapa de los estudios sobre Ichcateopan: Eulalia era una mujer, y es su cuerpo el que está excavando restos materiales con un cargado simbolismo nacional. Existen algunas publicaciones analizando este hallazgo, y en la mayoría de ellas se habla de cómo los hechos de Ichcateopan están relacionados con la discusión política e ideológica sobre símbolos nacionales que venía dándose en México desde la Independencia, pero nadie se ha acercado a este acontecimiento para analizar la presencia o ausencia de mujeres en la disciplina arqueológica o para pensar sobre la relación entre nacionalismo, género y arqueología.

## **2. EL FEMINISMO EN LA ARQUEOLOGÍA Y LA ARQUEOLOGÍA DEL GÉNERO**

Al responder a la pregunta ¿cómo ha impactado el feminismo en la arqueología? Margaret Conkey enumera una serie de temas surgidos a partir de la incorporación del concepto de género en la investigación arqueológica. (Conkey, 2003). Más que simplemente incorporar a las mujeres en el proceso histórico, el objetivo subyacente de la arqueología de género ha sido humanizar el pasado, prestando atención a las mujeres, los hombres y otros géneros posibles, para así desvelar que las relaciones de género fueron cruciales para el funcionamiento de las sociedades antiguas. En el caso de México, por ejemplo, la perspectiva de género ha transformado nuestro conocimiento de la sociedad prehispánica, y gracias a ello, hoy en día sabemos no solamente de la emergencia del estado Azteca, del colapso de la civilización Maya, o de las redes de intercambio entre Aridamérica con la región Maya, sino que también conocemos un poco más acerca de la organización de las unidades domésticas en la sociedad Maya (Hendon, 1997), acerca de la implicación de las mujeres (su cooptación pero también su resistencia) mediante la producción de figurillas cerámicas y de cómo ello fue fundamental para la emergencia del Estado (Brumfiel, 1996); y sabemos también que la identidad sexual de mayas y aztecas no era fija sino que era una identidad *performativa* que se transformaba según los ciclos de vida de las personas (Joyce, 2000; Meskell and Joyce, 2003). Es decir, la incorporación de una

perspectiva de género nos proporciona una visión del México prehispánico diferente, incluso más completa por así decirlo.

Hoy en día la investigación feminista en arqueología está por un lado preguntándose cómo y si podemos *sexuar* la cultura material del pasado, al mismo tiempo que coloca en un plano central la cuestión de si la identidad sexual y de género de los investigadores interviene en el estudio del pasado. (Conkey, 2003; Conkey, 1997; Gero, 1996; Sanahuja Yll, 2002). Así, se considera que el pasado es un producto (en el sentido de producción de conocimiento) tanto de los hombres como de las mujeres y por tanto la arqueología feminista no debería ser sólo un proceso de añadir mujeres a las sociedades antiguas, sino también de poner de manifiesto el activo rol que tenemos como creadores de nuestra disciplina y del pasado humano. Sin embargo Margaret Conkey (2003) sugiere, con cierta preocupación, que pocos de los temas que han aparecido tras la incorporación de la categoría de género en arqueología, han cuestionado la disciplina como ciencia.

El feminismo ha transformado la manera de pensar categorías analíticas en disciplinas como la historia o la antropología (Di Leonardo, 1991; Moore, 1988; Scott, 1986; Visweswaran, 1994), e incluso la biología evolutiva está introduciendo la cuestión del género como una categoría de análisis que obliga a replantear el conocimiento establecido sobre la evolución humana. (Adair Gowaty, 2003; Bug, 2003). Sin embargo, dentro de las ciencias sociales, la arqueología sigue siendo una disciplina marcada por el positivismo y orientada al descubrimiento de grandes monumentos o de objetos que a veces se convierten en fetiches descontextualizados del pasado. La práctica arqueológica es marcadamente individualista, y casi siempre la figura del arqueólogo está representada por un personaje al estilo Indiana Jones, que se ve como protagonista único del escenario científico {(Moser, 2002). De esta forma el trabajo de campo lleva implícitas unas connotaciones de heroicismo científico, en el que el esfuerzo físico del arqueólogo es capaz de transformar en cultura unos restos escondidos en la tierra, en la naturaleza. Para pensar la específica y de alguna manera compleja relación de la arqueología con el feminismo, encuentro sugerente el trabajo de Carolyn Merchant sobre la revolución científica. (Merchant, 1980). Carolyn Merchant argumentó que la revolución científica debería verse como un movimiento o un

proceso que fue en sí mismo “engendrado;” en el que una ciencia masculinizada toma el control y el dominio de la naturaleza, feminizada (Merchant, 1980). Aunque conceptualmente este argumento sufre de cierto esencialismo, al reproducir la dicotomía naturaleza/cultura, nos permite entender el difícil o tortuoso acceso de las mujeres a la práctica arqueológica. Como una ciencia que transforma en cultura, objetos que se encuentran bajo el subsuelo, en la tierra (la naturaleza), la práctica de excavación y la manipulación de instrumentos para extraer objetos, quedaría vinculada a los hombres. Además la definición de arqueología como una práctica de campo, que saca a las mujeres de los espacios definidos socialmente como femeninos (la casa) y las coloca en una esfera pública (el terreno nacional) que adquiere especialmente en el caso de la arqueología de México, una connotación claramente nacionalista. Veamos como el trabajo de Eulalia Guzmán entra en este escenario arqueológico y nacional.

### **3. EL TRABAJO DE CAMPO: EXCAVANDO EL SUELO NACIONAL**

Durante mucho tiempo, las mujeres dedicadas al estudio de las sociedades antiguas mexicanas hicieron sus investigaciones en bibliotecas y archivos. A principios del siglo XX por ejemplo, Zelia Nuttall adquirió un reconocido prestigio científico por el hallazgo de varios códices que fueron claves para el conocimiento del México Prehispánico, incluso uno de ellos lleva su nombre. Sin embargo poco se conoce de su trabajo de campo en la Isla de los Sacrificios donde realizó una excavación arqueológica en 1910 (Ruiz, 2006). Durante esos años Isabel Ramírez Castañeda realizó también trabajo de campo, arqueológico y lingüístico, sola o acompañando a Eduard Seler o Franz Boas. Ha habido otras mujeres, la mayoría extranjeras en arqueología mesoamericana, Tatiana Proskouriakoff, por ejemplo, entró en la disciplina como dibujante y no directamente como arqueóloga. Dorothy Hughes Popenoe fue otra de las mujeres pioneras en la arqueología mesoamericana pero que murió prematuramente a los 33 años (Joyce, 1994).

Salvo Isabel Ramírez Castañeda que era mexicana, y Zelia Nuttal que aún siendo extranjera vivió por treinta años en México, las otras arqueólogas mesoamericanistas durante la primera mitad del siglo XX su contacto con el suelo o el territorio mexicano y con la organización administrativa y política de la arqueología mexicana fue discontinuo. En general, en la mayoría de las regiones del mundo, esas mujeres pioneras de la arqueología fueron mujeres exploradoras y aventureras que viajaron a tierras lejanas, generalmente colonizadas, formando parte de misiones arqueológicas, algunas veces acompañando a sus esposos. Muchas pudieron entrar en la disciplina y adquirir un reconocimiento público como esposas o hijas de famosos arqueólogos. Pero lo que es más importante, en su mayoría, fueron sus experiencias transnacionales lo que las permitió ser aceptadas en la disciplina. Es decir, fue su experiencia en el extranjero, fuera de su espacio nacional, lo que permitió que participaran en trabajo de campo y adoptar roles que quizás en sus propias naciones no hubieran podido tener. Desley Deacon, biógrafa de la antropóloga Elsie Clews Parsons, muestra claramente cómo la experiencia etnográfica y las salidas de casa para convivir largas temporadas con los nativos de Nuevo México, fueron momentos de liberación en los que Parsons pudo escaparse de ciertas expectativas de género y de clase que la sociedad americana de las primeras décadas del siglo XX imponía sobre las mujeres. (Deacon, 1997)

La presencia del cuerpo de Eulalia Guzmán en el campo, excavando en el México de los años 1950 es diferente a la presencia de las mujeres que participaron en expansiones coloniales y científicas en los siglos XVIII y XIX, coleccionando artefactos, plantas, y minerales de África, Asia y las Américas. Eulalia no trabajó en Egipto, ni en Grecia o Babilonia, ni se preocupó por los orígenes de la civilización Europea. Ella se quedó cerca de la nación, interviniendo en el suelo, y como una ardiente admiradora de las culturas prehispánicas, usó la arqueología para proveer de materialidad unos discursos nacionalistas que no eran hegemónicos en los años 1950.

El cuerpo de Eulalia Guzmán no es una versión femenina del *Indiana Jones*. Eulalia no tiene un cuerpo sexy, ni sonríe ante la cámara. Los dibujos y fotos que tenemos de ella muestran un rostro que frunce el ceño, que no coquetea con el público, que esta enfadada. En estas



imágenes a Eulalia Guzmán le ocurre algo parecido a lo que según Licia Fiol-Matta pasó con Gabriela Mistral, aparece “extrañamente masculina, grande, imponente” (Fiol-Matta, 2002). En cierta manera, las trayectorias de Eulalia Guzmán y Gabriela Mistral se parecen, en ambos casos, fueron personas públicas, y como Fiol-Matta afirma el estado eligió “una rara” para representarlo; en ambos casos, su rol maternal (como maestras) y de no-madres (por no ser biológicamente madres) confundía su feminidad y adquirirían un rol peligroso.

Posiblemente la imagen de Eulalia Guzmán es tanto una auto-representación como una imagen impuesta, y seguramente se la vio como una mujer que estaba traspasando algunos límites impuestos a las mujeres del México de su época. Probablemente Eulalia Guzmán fue demasiado lejos, su cuerpo estaba demasiado cerca del cuerpo de la nación. Su cuerpo fue demasiado visible en los medios de comunicación en un momento en que los derechos de la mujer y la presencia pública de las mujeres estaban siendo abiertamente discutidos en México. Como otras mujeres que iban al campo, antropólogas, botánicas, paleontólogas, ornitólogas, Eulalia Guzmán no fue sola al campo, pero su marido no la acompañó, tampoco formaba parte de un equipo de hombres científicos. Una mujer llamada Gudelia Guerra, que era su ayudante, la acompañó en todos sus trabajos hasta que Eulalia murió casi a los 100 años. De forma distinta a otras mujeres que desde el siglo XVIII habían participado en exploraciones científicas, Eulalia no estaba observando o recolectando la naturaleza pero interviniendo en algo que se consideraba la cultura nacional.

Yo sugiero que fue el cuerpo de Eulalia Guzmán, como la descubridora científica lo que era transgresor para ser aceptado en el México de esos años. Quizás Eulalia Guzmán fue un caso único, pero su experiencia y biografía nos hace reflexionar acerca del lugar de las mujeres y la nación en la ciencia. Para algunas mujeres incorporarse en trabajo de campo en exploraciones transnacionales fue una forma de evadirse o escaparse de discursos nacionalistas que les asignaban un lugar específico dentro de la familia, como esposas y madres, pero Eulalia Guzmán uso su cuerpo para confrontar esos discursos.

#### **4. ¿UNA METODOLOGÍA FEMINISTA?**

Una de las cuestiones que me llamó la atención al ver las fotografías de la prensa de Eulalia Guzmán es que aparece en muchas ocasiones rodeada de los habitantes del pueblo. La población local no es parte del escenario arqueológico sino que aparece rodeando a Eulalia como si el descubrimiento hubiera sido un acto colectivo. La población de Ichcateopan participó de una forma muy especial en el trabajo de campo, no sólo proporcionando mano de obra, sino también ofreciendo información de tradiciones orales que Eulalia utilizó para interpretar el hallazgo. Extraña sin embargo, que aquellos que han escrito sobre Eulalia y su implicación en Ichcateopan no hacen ninguna mención a su metodología aunque el consenso es que ella hizo mal las cosas o que fue víctima de un fraude. En esta última parte del artículo, reflexiono sobre algunas cuestiones metodológicas que han sido planteadas por arqueólogas feministas, para repensar así el trabajo de Eulalia Guzmán. Propongo que ella se avanzó a su tiempo, con una metodología más colaborativa y manejando varias líneas de evidencia para contextualizar el hallazgo. Eulalia Guzmán, a diferencia de los arqueólogos de su tiempo, se rodeó de la gente del pueblo, pidiendo su colaboración para lograr la máxima información posible desde diferentes fuentes.

Al examinar la metodología de Eulalia, me interesa discutir otra de las grandes cuestiones que se está discutiendo desde la arqueología: ¿existe una metodología feminista para estudiar el pasado? Así, además de tomar conciencia de la importancia de pensar en el género en la interpretación del pasado, la arqueología feminista ha mostrado un interés por transformar la manera en que se practica la investigación del pasado al igual que es reflexiva hacia la manera de presentar nuestro conocimiento de las sociedades del pasado.

Demostrar de qué manera el ser mujer u hombre afecta la naturaleza de nuestras investigaciones no es fácil. Es posible que estas diferencias en estilos arqueológicos se deba a que mujeres y hombres tenemos diferentes estrategias de investigación, o nos gustan ciertos temas y también a que existen unos condicionantes sociales y por tanto académicos que hacen que las mujeres elijan ciertas temáticas y que los hombres otros. Cada disciplina tiene sus propias lógicas de género y es

bien sabido que algunos campos de estudio son mucho más feminizados que otros. En arqueología por ejemplo, tradicionalmente los hombres han estudiado más la industria lítica y las mujeres los restos cerámicos, y esta diferenciación sexual del trabajo arqueológico ha alimentado una visión de las sociedades del pasado se describían con la misma estricta diferenciación. Joan Gero ha publicado varios artículos donde enfatiza que es crucial observar la división del trabajo arqueológico, las jerarquías en los grupos de investigación, y la dinámica socio-psicológica que se establece en el trabajo de campo, para entender cómo se produce el conocimiento arqueológico (Gero, 1996).

El trabajo de Janet Spector por ejemplo, ha sido considerado como un ejemplo pionero de lo que podríamos llamar arqueología feminista. (Spector, 1998) Siguiendo el propósito feminista por “humanizar el pasado” en vez de hablar del pasado como una serie de procesos despersonalizados (estrategias tecnoecológicas, intensificación de la producción agrícola, sistemas de subsistencia, etc) la arqueóloga escribió una monografía acerca de un punzón de hueso de los indios Dakota de Estados Unidos. El resultado era una narrativa escrita en primera persona, en la que una niña Dakota adquiriría la voz como si fuera la productora o la usuaria de este útil de hueso. Imaginar a una niña como fabricante de un instrumento es ya en sí revolucionario en una arqueología que mantenía el presupuesto de una clara división sexual del trabajo, pero además Janet Spector hace uso de la etnohistoria para interpretar los hallazgos arqueológicos, y aun admitiendo que el resultado podía ser una narrativa especulativa, no era por ello menos plausible. Es posible que ese punzón en particular no hubiera sido utilizado o fabricado por una niña pequeña, pero su manera de interpretar y presentar el pasado es muy exitosa porque pone en relieve las experiencias de los seres humanos y sus relaciones con el mundo material. Para Janet Spector, lo importante era mostrar la riqueza que adquiere la investigación arqueológica al combinar su compromiso feminista con la responsabilidad hacia las comunidades descendientes Dakota.

Por otro lado, Stephanie Moser investiga de forma comparativa a dos de los creadores o fundadores de la escuela Australiana de arqueología: Isabel McBryde y John Mulvaney, argumentando que las metodologías

que emplearon respondían a dos estilos “sexuados” de hacer ciencia uno femenino y otro masculino (Moser, 1996). Mulvaney puso énfasis en métodos científicos, en excavar profundas estratigrafías y eligió asentamientos del Pleistoceno; por otro lado, Isabel McBryde se decantó por una perspectiva más regional y presentó atención a la evolución de los paisajes. Según Moser, la preocupación por cuestiones de antigüedad, por descubrir los orígenes, los asentamientos más antiguos y los depósitos más profundos ha sido casi siempre un aspecto primordial de la agenda científica en Australia, y Mulvaney, responde a esta trayectoria. Por otro lado, Isabel McBryde fue la pionera en estudios regionales, y mostró una mayor preocupación por entender los asentamientos en sus contextos paisajísticos y regionales. Por decirlo de alguna manera, McBryde tenía una visión más holística de la vida social prehistórica, que complementó usando la etnohistoria para entender mejor como fueron usados los asentamientos en la prehistoria e incorporando a las comunidades locales (aborígenes australianos en algunos casos) en el proceso científico.

Eulalia Guzmán trabajó más o menos en la misma época que Isabel McBryde, tampoco practicaba una ciencia que definiera ella misma como feminista, tampoco parece claro que Eulalia tomara el feminismo como su campo de acción político, sin embargo lo que es innegable a partir de lo poco que se sabe de ella es que era una mujer con un compromiso social y político firme, que participó en espacios y reuniones en las que el tema de la mujer era una cuestión de importancia, tanto en México como en Europa y Estados Unidos y que tenía una clara preocupación por la justicia social. Sin duda, su manera de acercarse a la cuestión de los huesos de Cuauhtémoc, su forma de organizar la excavación y la manera en que contextualizó su investigación utilizando datos etnohistóricos e implicó a las comunidades locales para que tuvieran voz, se acerca bastante a lo que las arqueólogas están reclamando como ciencia feminista.

Esta forma de hacer ciencia sería lo que Donna Haraway denomina “conocimiento situado” un conocimiento “responsable, encarnado, parcial, y subyugado,” pero que no reside *naturalmente* en las mujeres (Haraway, 1988), y tampoco es un conocimiento inocente ni exento de reexamen. Su trabajo no fue en absoluto desinteresado; por el contrario, siempre la guió el interés de construir una patria libre y justa,

cuya cultura como señaló M. Carmen Serra Puche fuera una `del intelecto y del sentimiento aunados; aquella en que la dignidad del hombre y el reconocimiento de todo derecho humano constituyan la base de la convivencia entre los hombres´.

Por otro lado, la manera en que este hallazgo fue “resuelto” pone de manifiesto la importancia que adquiere la comunidad científica, las jerarquías y las relaciones de poder a la hora de tomar una decisión científica.

## 5. LAS MUJERES, LA NACIÓN Y EL DUELO

En su libro *The Ability to Mourn*, Peter Homans (1989) argumenta que los monumentos contienen un núcleo psicológico, porque a través de ellos un grupo puede inconscientemente sumergirse en la experiencia de la pérdida, aunque no vivir directamente el dolor que la pérdida produce. Tanto los síntomas como los monumentos empiezan con una pérdida y ambos intentan suavizarla mediante actividades de duelo. Homans, siguiendo a Freud subraya las diferencias entre monumentos como objetos de memoria colectiva y los síntomas individuales. Mientras estos últimos pueden ser tratados terapéuticamente, los monumentos estructuran la memoria colectiva y no son deconstruidos. Al contrario, “el grupo hace un enorme esfuerzo colectivo para construirlos, mantenerlos y preservarlos” (Homans, 1989: 272). Los monumentos son relevantes para la nación, pero no porque sean evidencias directas del pasado, sino porque se convierten en espacios de duelo nacional, y por tanto están repletos de ambiguos deseos y sentimientos con relevancia en el presente.

La muerte de Cuauhtémoc era una muerte que ocupaba y aun ocupa un lugar ambiguo en el imaginario nacional mexicano, una de esas gloriosas muertes que simbolizan la resistencia frente a la opresión colonial, una muerte que estaba rodeada de gran expectación y misterio porque ni las circunstancias específicas ni sus huesos habían sido localizados, por ello la de Cuauhtémoc era una muerte mal resuelta, que permanecía en el terreno de lo que se ha llamado “uncanny.” Comprometerse a realizar una excavación arqueológica como Eulalia hizo, no era cualquier cosa, sobretodo porque al recuperar los huesos

ese imaginario turbio y confuso se tornaría en algo real, con consecuencias inevitables para un nacionalismo que parcialmente se asienta en el terreno de lo fantasmagórico y misterioso. No es pues casual que fuera una mujer la que al intentar rescatar los restos de un héroe nacional, fuera relegada a un espacio marginal y ambiguo y sin lugar a duda enterrada en el olvido.

## **BIBLIOGRAFÍA**

ADAIR GOWATY, Patricia (2003) "Sexual Natures: How Feminism Changed Evolutionary Biology", *Signs* 28, pp. 901-921.

BRUMFIEL, Elizabeth (1996) "Figures and the Aztec State: Testing the Effectiveness of Ideological Domination" in R. P. WRIGHT (eds.) *Gender and Archaeology*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, pp. 143-66

BUG, Amy (2003) "Has Feminism Changed Physcs?" *Signs* 28, pp. 881-899.

CONKEY, Margaret (2003) "Has Feminism Changed Archaeology?" *Signs* 28, pp. 859-866.

CONKEY, Margaret and Joan Gero (1997) "Programme to Practice: Gender and Feminism in ARchaeology", *Annual Review of Anthropology* 26, pp. 411-437.

DEACON, Desley (1997) *Elsie Clews Parsons. Inventing Modern Life*, Chicago, Chicago University Press.

DI LEONARDO, Micaela (1991) *Gender at the crossroads of knowledge: feminist anthropology in the postmodern era*, Berkeley, University of California Press.

FIOL-MATTA, Licia (2002) *A queer mother for the nation: the state and Gabriela Mistral*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

GERO, Joan (1996) "Archaeological practice and gendered encounters with field data" in R. WRIGHT (eds.) *Gender and Archaeology*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press, pp. 251-279

HARAWAY, Donna J. (1988) "Situated Knowledges: the science question in feminism as a site of discourse and the privilege of partial perspective", *Feminist Studies* 14.

HENDON, Julia (1997) "Women's Work, Women's Space, and Women's Status Among the Classic-Period Maya Elite of the Copan Valley, Honduras" in C. C. a. R. JOYCE (eds.) *Women in Prehistory: North America and Mesoamerica*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, pp. 33-46.

HOMANS, Peter (1989) *The ability to mourn: disillusionment and the social origins of psychoanalysis*, Chicago, University of Chicago Press.

JOYCE, Rosemary A. (1994) "Dorothy Hughes Popenoe: Eve in an Archaeological Garden" in R. A. Joyce (eds.) *Women in Archaeology*, pp. 51-66.

JOYCE, Rosemary A. (2000) "Girling the girl and boying the boy: the production of adulthood in ancient Mesoamerica", *World Archaeology* 31, pp. 473-483.

MERCHANT, Carolyn (1980) *The Death of Nature. Women, Ecology and the Scientific Revolution*, San Francisco, Harper and Row.

MESKELL, Lynn and Rosemary A. Joyce (2003) *Embodied lives: figuring ancient Maya and Egyptian experience*, London; New York, Routledge.

MOORE, Henrietta L. (1988) *Feminism and anthropology*, Cambridge, UK, Polity Press in association with B. Blackwell, Oxford, UK.

MOSER, Stephanie (1996) "Science, stratigraphy and the deep sequence: Excavations vs survey and the question of gendered practice in archaeology", *Antiquity* 70, pp. 813-823.

MOSER, Stephanie (et al) (2002) "Transforming archaeology through practice: strategies for collaborative archaeology and the Community Archaeology Project at Quseir, Egypt." *World Archaeology* 34, pp. 220-248.

PINSKY, Valerie and Alison Wylie (1989) *Critical traditions in contemporary archaeology: essays in the philosophy, history, and*

*socio-politics of archaeology*, Cambridge; New York, Cambridge University Press.

RUIZ, Apen (2006) "Zelia Nuttall e Isabel Ramírez Castañeda: las distintas formas de practicar y escribir sobre arqueología en el México de inicios del siglo XX", *Cuadernos Pagu* 27, pp. 135-172.

SANAHUJA YLL, Marâia Encarna (2002) *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*, Madrid [Valencia] [Madrid], Ediciones Càtedra; Universitat de Valància; Instituto de la Mujer.

SCOTT, Joan Wallach (1986) "Gender: A useful Category of Historical Analysis", *American Historical Review* 91, pp. 1053-1075.

SHANKS, Michael and Christopher Y. Tilley (1988) *Social theory and archaeology*, Albuquerque, University of New Mexico Press.

SPECTOR, Janet (1998) "What this awl means: Feminist Archaeology at the Wahpeton Dakota Village" in K. a. D. S. W. Hays-gilpin (eds.) *Reader in Gender Archaeology*, London, Routledge, pp. 359-363.

VISWESWARAN, Kamala (1994) *Fictions of feminist ethnography*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

WYLIE, Alison (1997) "The Endering of Archaeology Refiguring Feminist Science Studies", *Osiris* 12, pp. 80-99.